Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 4 (1992)

Artikel: El catalán de Don Miguel de Unamuno
Autor: Ramírez, Pere
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840943

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 21.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

EL CATALÁN DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Pere RAMÍREZ
Université de Fribourg

La amistosa correspondencia entre don Miguel y Joan Maragall[1] no es sólo un bello capítulo de la historia literaria española, sino también la muestra más conocida del interés particular con que el pensador vasco estudió la lengua y la literatura catalanas. No fue, desde luego, un estudio sistemático —no era don Miguel hombre de sistema—, pero sí prolongado a lo largo de cuarenta años. Sospecho que el aprendizaje fue, además de autodidáctico, exento de gramáticas y con parca frecuentación del diccionario[2]. Pero no se le puede negar cierta disciplina: fue un estudio que se impuso a sí mismo y que exigió incluso de los estudiantes salmantinos de su cátedra de Historia de la lengua castellana, donde todos los años se leía algo de la literatura catalana antigua (crónicas, poesía de Ausiàs March y de Jordi de Sant Jordi) y moderna (Verdaguer, Maragall, Guimerà y otros) (OC IV, 542).

Para apreciar la profundidad de los conocimientos catalanísticos de don Miguel y el alcance de sus estudios literarios, nos hemos propuesto dar un repaso a su producción de los años 1896 a 1936, atendiendo al orden de sus lecturas catalanas más que a la cronología de la literatura. El desorden histórico quedará así medianamente compensado por un relativo orden biográfico, que por razones expositivas tampoco hemos seguido a rajatabla.

El primer autor catalán que merece la atención de Unamuno es Àngel Guimerà. En abril de 1896 publica don Miguel un artículo «Sobre el uso de la lengua catalana» (OC IV, 503-506), que es una respuesta muy positiva al discurso presidencial de Guimerà ante el Ateneu Barcelonès de 30 de noviembre de 1895[3]. Puede decirse que Unamuno hace suya la argumentación de Guimerà en favor del uso del catalán. Es deseable que los catalanes escriban en su lengua y no en castellano, dice, porque en esta lengua, por muy correctamente que la empleen, no se entregan del todo al

lector: no hacen más que traducirse. Y en la autotraducción, cuando tropiezan con dificultades, las saltan simplemente, sin resolverlas. En cambio cuando escriben en catalán no tienen que recurrir a las automutilaciones, y el lector, aun el de lengua castellana, recibe íntegro el pensamiento por poco que se detenga a resolver los problemas de interpretación.

Ya en sus primeras lecturas de obras catalanas ha comprobado Unamuno que su esfuerzo de traducción le permitía penetrar en cualidades ocultas de la lengua, penetración que luego le ha revelado el núcleo catalán que persiste en los catalanes escritores en castellano. ¡Qué pobre y reseco el estilo de esos prosistas, aun los más celebrados (como Pi y Margall), y en cambio cuánto más rico el catalán de algunos escritores catalanes! La conclusión de estas reflexiones inspiradas por Guimerà se extiende al pensar y al sentir, que para Unamuno son correlatos de la producción científica y la producción poética: «En bien y provecho de todos debemos, pues, desear todos que los catalanes, como todos los hombres, escriban en la lengua en que piensan». Y por la misma razón: «Hay que decir que escriba cada cual lo que siente en la lengua en que lo siente» (*Ibíd.*).

También la obra dramática de Guimerà será bien apreciada por Unamuno, aún años más tarde, cuando se represente en Madrid. Ello a pesar de la observación de don Miguel: «Guimerá recuerda a Echegaray» (16 de diciembre de 1906, «Sobre literatura catalana», OC III, 1301), que en realidad es una perogrullada, puesto que los dramas más celebrados del catalán se estrenaban en Madrid en traducción de Echegaray[4].

Por la misma época en que Unamuno lee a Guimerà empieza a dedicarse también a la obra de Narcís Oller. De nuevo aboga por el uso de la lengua catalana, atendiendo a la calidad de la narrativa olleriana (OC IV, 506), y oponiéndose al parecer de Clarín:

> Excitaba Clarín a Oller (de quien guardo, y permítaseme este desahogo, un grato recuerdo personal de allá, de mi Vizcaya) a que escribiera en castellano, y contestaba muy sesudamente Oller «que era imposible, que no estaría allí *todo él*». Y yo añado que creo que sacarán los lectores castellanos más provecho de Oller escribiendo éste en catalán y traduciéndolo, de un modo o de otro, Clarín, que tan excelentes *traducciones* hace a su modo, que no traduciéndose el mismo Oller al castellano[5].

El 11 de febrero de 1899 publica Unamuno su recensión de una novela de Oller, *La bogeria* (OC III, 1294-1295), elogiándola sin reticencias y ponderando su «espíritu a lo Balmes, que se pliega a la observación corriente, sin quintaesenciamientos ni nada de alambicado»

(elogio, por supuesto, mucho más halagüeño para el narrador que para el filósofo de Vic).

No quiere Unamuno pasar en su crítica más allá de los aspectos estilísticos y narratológicos (claridad, concisión, sobriedad, rapidez del relato sin digresiones y sin más que los episodios precisos). Todo lo demás, y desde luego en primer lugar el análisis del tema central de la locura, es labor propuesta al lector de habla castellana, invitado por Unamuno a hacer el pequeño esfuerzo «que el dominar la lengua catalana le cueste». Porque no es cuestión de pedir a Oller que escriba en castellano: «las obras de arte se deben escribir en la lengua que (sic) se piensa».

Parecida valoración recibe Santiago Rusiñol. Unamuno recensiona su colección de prosas *Anant pel món* en primavera de 1896 (OC IV, 505) e insiste en la ganancia que para el lector castellano representa la lectura detenida, obligada por la necesidad de la traducción, gracias a la cual se descubren matices, epítetos, metáforas que hubieran pasado por alto a estar en castellano: una vez más, el uso del catalán queda justificado, ya que «un catalán que piense en catalán y escriba en castellano nunca hará más que *traducir* su pensamiento». Dos años más tarde comenta efusivamente «el hermosísimo libro *Oracions* del delicado *sentidor* y finísimo artista Rusiñol» (OC III, 1285-1286), obra que poco después (OC III, 1287-1293) será aplaudida por la sonoridad y armonía del lenguaje: el catalán de Rusiñol suena como lengua «sonora, dulce, rica, llena de cadencias armoniosas, un catalán que a veces parece italiano si bien con frecuencia afrancesado».

Al año siguiente comenta otro libro de Rusiñol, *Fulls de la vida* (OC III, 1296-1298), aunque en esta ocasión el elogio queda relativizado por la discrepancia estética de don Miguel, quien declara no haberse «enterado bien de lo que sea específicamente eso del modernismo». Todavía en otras ocasiones (OC III, 1300, en el artículo de 1906 «Sobre la literatura catalana»; y durante su estancia en Mallorca en 1916, cf. OC I, 441 y 450) recordará afectuosamente Unamuno al pintor-poeta catalán. Con todo, en su fuero interno se siente cada vez más distanciado de él. La carta de Unamuno a Eduardo Marquina de 23 de abril de 1908 expresa ya una clara prevención contra el puro esteticismo modernista del «artificioso Rusiñol, mero artista y no más que artista»[6].

En enero de 1898 publica la recensión del volumen *Alades*, de Emili Guanyavents (o Guanyabens, como escribe don Miguel, OC III, 1283-1286), donde se declara entusiasta «del alma catalana, y, sobre todo ... del alma de esa gran juventud, la más preñada de conceptos y sentimien-

tos de España, que tiene su centro en Barcelona». También aquí se reitera enemigo de las traducciones y recomienda aprender el catalán: el estudio de la poesía catalana contemporánea —estamos en 1898— sería saludable para contrarrestar la verborrea versificadora castellana.

Ahora bien, esta simpatía inicial que Unamuno sentía por el movimiento literario catalán de fines del pasado siglo se disipa muy pronto. Ya en 1900 siente don Miguel fuerte repugnancia por la politización del catalanismo, y este sentimiento de repulsa se encona y politiza a su vez. Una de las primeras expresiones de la evolución unamuniana queda reflejada en la siguiente carta, dirigida al colaborador de *La Publicidad* y futuro concejal de Barcelona, Santiago Valentí. Por tratarse de una pieza inédita, creo conveniente transcribirla íntegra, aunque su contenido se extienda a otros temas ajenos al que nos ocupa[7]:

Sr. D. Santiago Valentí Camps

Querido amigo: Pocas líneas (dado lo que acostumbro escribir) porque son varias las cartas que tengo que despachar y me encuentro fatigado. Necesito salir unos días al campo, ya que este verano no me ha salido (sic) posible ir a mi tierra. Esta última temporada ha sido de gran fecundidad para mí, pero me temo que de seguir aquí y atado á la labor me haga vuelta la fatiga a pesar de mi buen temperamento.

Muchas gracias por la semblanza de «La Publicidad». El que escribe lo hace para que le lean é influir en los demás y todo lo que tienda á corroborar su prestigio no puede por menos que favorecer sus propósitos. No soy yo quien puede ni debe juzgar de un escrito en que de mí se trata. Lo que sí veo es que ha seguido usted paso á paso la carta que á tal propósito le escribí, de donde resulta que en gran parte estoy allí tal como yo me veo á mí mismo. Y me pregunto ¿soy yo quien me conozco mejor? ¿soy yo quien mejor me veo? De todos modos por mal que me conozca no será tanto como cierto Américo Llanos argentino, que dió en Buenos Aires una conferencia acerca de mi obra, en que dijo cosas muy peregrinas y muy graciosas. Y volviendo á darle las gracias basta de mí.

Si ve al amigo Ponsá dígale que le contestaré pronto; que me dispense, pues ando no sé cómo.

Paseo estas tardes con un Sr. Bonnin, agente de bolsa en [corr. sobre «de»] esta ciudad y hablamos bastante de Barcelona y del catalanismo. Me ha confirmado en lo que he creído siempre y es que en el fondo del tal catalanismo hay mucho de movimiento reaccionario y neo. La antigua *Veu de Catalunya* me pareció siempre un diario mestizo, de ese ultra-conservadorismo modernista que se reviste de sentido histórico, etc. Prat de la Riba no es más que un genuino reaccionario, aunque crea otra cosa. Todo ello es en el fondo un movimiento burgués de estrechas miras. Es curioso que el clero lo

ampare. Su propósito es dividir á los pueblos, ultra-diferenciarlos y que no haya más fuerza integradora que la Iglesia (la edad media).

He vuelto á sumirme en los estudios religiosos ¿Conoce usted la *Esquisse d'une philosophie de la religion* de Aug. Sabatier? Es un buen libro, sincero y noble, y el mejor guía acaso para orientar en las tendencias del cristianismo racionalista. Preparo un largo ensayo *religión y ciencia*, de que en otra carta le daré el esquema. Y usted ¿qué hace?

Del movimiento catalán estoy desde hace algún tiempo ignorante. He perdido mucho de mi primer entusiasmo respecto á él. Creo que me hice ilusiones acerca de la vida intelectual barcelonesa, suponiéndola más intensa y fuerte que en Madrid.

¿Qué hay de los proyectos del Sr. García (D. Mariano)? Desde que le envié el prólogo al Krapotkine que me pidió nada he vuelto á saber. Y lo siento, porque me interesaban sus propósitos.

Usted sabe, amigo Valentí, cuan de veras lo es suyo y como puede confiar en

Miguel de Unamuno
Salamanca, 11, agosto 1900.

Casi al mismo tiempo que este progresivo desengaño de don Miguel, comienza su amistad con Joan Maragall. Creo que el primer paso lo dio Maragall, al menos por lo que se desprende del epistolario: es éste el primero en escribir (1 de junio de 1900, MARAGALL OC II, 930) y en ofrecer su amistad, tras la lectura de los *Tres ensayos* unamunianos (¿remitidos por su autor?): «Nos hemos hecho amigos. Disponga de mí». Unamuno se apresura a contestarle (6 de junio de 1900, *Epistolario* UM, p. 10) anunciando que ha traducido al castellano «La vaca cega» y «L'arpa» (de Verdaguer ésta última). Con todo, la correspondencia entre los dos amigos será muy esporádica hasta el año 1906, en que llegan a conocerse personalmente en Barcelona. Las cartas se acumulan en 1906 y 1907, para volverse a espaciar, aunque sin merma de su rica intimidad, hasta la muerte del poeta catalán en 1911.

Para nuestro objeto las primeras cartas intercambiadas son las más interesantes: don Miguel parece haber traducido el poema de Maragall «La vaca cega» ya en 1900, y se lo sabe de memoria (3 de noviembre de 1902, *Epistolario* UM, p. 14). Pero no se decide a enviar su traducción a Maragall hasta el 18 de noviembre de 1906 (*Ibíd.*, p. 27). Desconozco los motivos de este retraso, que no se desprenden de las cartas. La traducción castellana es causa de gran alegría para Maragall, quien sin embargo no se abstiene de señalar a Unamuno dos errores: el verso 2 («avançant d'esma pel camí de l'aigua») ha sido traducido «hacia el agua avanzando despaci-

to»; y en el verso 18 («al cel, enorme, l'embanyada testa») el adjetivo «embanyada» ha sido interpretado como «bañada», en lugar de «cornuda». Maragall propone las necesarias enmiendas, que sólo en parte son tenidas en cuenta: el verso 2 continúa siendo inexacto en la nueva versión unamuniana «hacia el agua avanzando vagarosa» (mejor hubiera sido «de rutina», «por instinto», o incluso «a tientas»)[8]. El verso 18, más afortunado, quedará en «al cielo, enorme, la testuz cornuda».

Dos semanas más tarde (*Epistolario* UM, p. 35), don Miguel explica que está leyendo a Muntaner («¡qué cantera de poesía!») y se dispone a leer a Jordi de Sant Jordi; añade lapidario «y veré si me convence Llull», lo que permite inferir que hasta entonces Unamuno no se ha dedicado al filósofo mallorquín.

Al margen del epistolario, Unamuno prodiga las referencias a su amigo Maragall en muchas publicaciones, colmándolo de elogios tanto por la elevación («grandeza», dice) de su poesía catalana como por lo sabroso y fogoso de su prosa castellana. Joan Maragall se erige poco a poco en su escritor catalán modélico, porque reserva la lengua materna para la poesía, mientras que para la prosa —la obra del escritor profesional— emplea el castellano. Este nuevo punto de vista de don Miguel, contrapuesto a su apreciación de la obra en prosa de Guimerà, de Oller o de Rusiñol, pasa por alto el hecho de que Maragall era también, ya entonces, un fecundo y eminente prosista catalán.

Han caducado los viejos reparos, inspirados en Guimerà, contra el castellano de los catalanes. Lo que importa ahora es la difusión de la obra escrita: en primer lugar, porque los prosistas catalanes no escriben tan mal el castellano, y en segundo lugar porque su lengua vernácula no les ofrece un número suficiente de lectores. De ahí el consejo que don Miguel dará a partir de ahora a los noveles escritores catalanes. Sirva de ejemplo la carta a Pere Corominas, de 6 de junio de 1901[9]:

> De sus proyectos de cuentos en catalán, ¿qué he de decirle? Que los escriba en castellano. Insisto en que debe usted escribir en castellano, o mejor en español, y en que *lo hace usted bien*. Piense en América. Allí no se cuidan de estrecheces casticistas, y quien diga algo puede cobrar público. Pero ha de decirlo en español ... Escriba usted, pues, en español. Déjese del catalán.

Joan Maragall es el hombre más idóneo para ilustrar las posibilidades de una buena prosa castellana producida por un catalán: «Maragall es uno de los más nobles prosistas en lengua castellana», dirá Unamuno en Barcelona durante su conferencia «Solidaridad española» de 15 de octu-

bre de 1906 (OC IX, 229). Claro está que no puede ignorar del todo la prosa catalana de su amigo, pero llama la atención que las profusas alabanzas a la poesía de Maragall enmudecen cuando se trata de la prosa catalana. Se nos antoja un argumento ad hominem dirigido a Maragall el lamento unamuniano tras el artículo «Visca Espanya!», que el poeta publicó en catalán, creo que el 5 de mayo de 1907[10]. Don Miguel, en el artículo-respuesta «Contra los bárbaros» de 16 de mayo de 1907 (OC IV, 513-515), vaticina que a Maragall no se le va a entender: «Querrán que lo grite usted en castellano, ¡viva España!, y sin contenido, sin reflexión, como un grito brotado, no del cerebro, sino de lo otro, de donde les salen a los bárbaros las voliciones enérgicas». A Maragall no podía darle Unamuno un consejo tan imperativo como el que había dado a Corominas, porque a su amigo no podía hablarle en el mismo tono magistral. Pero si Maragall tenía oídos, debía oírlo: era inútil hacer política en catalán, por muy iberocéntrica que fuese.

Ahora bien, si Unamuno reprochaba a «los bárbaros» su incapacidad para *entender* a Maragall, a la Solidaritat Catalana y a Cataluña, Maragall no ignoraba que el propio Unamuno era incapaz de *comprender* en profundidad aquello que otros no entendían. Y así se lo dijo, al comentar el artículo «Contra los bárbaros» en la carta del 23 de mayo de 1907 (MARAGALL OC II, 939-940), con gran sinceridad: «No cree usted ni en los bárbaros que le rodean, ni en sus hermanos, ni en nosotros». El poeta catalán no comparte el abatimiento ni la desesperación de su amigo: «No me entristezco, porque espero. He aquí todo el secreto. Este es también el secreto de la fuerza actual de Cataluña: es un pueblo que espera». Y Maragall piensa que «Cataluña ha sido tocada por el fuego del espíritu», fuego que quisiera comunicar al incrédulo Unamuno:

> ¿Me comprende usted? No me entenderá por reflexión —ni yo me entiendo nunca por reflexión—; me entenderá por ... incendio, si yo lograra comunicárselo.

No lo consiguió, y el «Visca Espanya!» maragalliano dejó de resonar en la obra posterior de Unamuno. Por eso, a partir del pomposo artículo «Su Majestad la Lengua Española», de 1º de noviembre de 1908 (OC IV, 374-379), Maragall pasará a encabezar para él el grupo de los catalanes que catalanizan a España en español:

> En catalán canta, y canta egregiamente, Maragall; pero cuando ha tenido que hacer a su modo política, la ha hecho casi siempre en español, y en español muy fogoso y sabroso.

La lectura unamuniana se va polarizando hacia la poesía catalana y la prosa castellana, desdeñando el resto de la producción catalana del barcelonés, que no se limitó a discursos, conferencias y artículos, sino que abarcó también traducciones tan importantes como la del *Heinrich von Ofterdingen* de Novalis, y Unamuno lo sabía muy bien[11]. La apropiación de Maragall por el centripetismo castellano de don Miguel se agudiza tras la muerte del poeta, como puede verse en los dos artículos «Leyendo a Maragall», de 7 y 22 de marzo de 1915 (OC III, 1325-1331 y 1331-1336):

> Fue un poeta, un gran poeta, un poeta grandísimo —mayor que él no le tuvo España en el pasado siglo— y un poeta catalán. Pero lo más, en cantidad, que de él nos queda son artículos en prosa castellana ... Si sintió e imaginó en catalán, pensó en castellano, en la lengua en que no sentía.

Distinción unamuniana entre el pensar y el sentir que ya conocemos, y que ahora sugiere algo muy trascendente, a saber, la inutilidad del catalán para la ciencia: la lengua catalana es la del sentimiento y de la imaginación, la lengua en que los catalanes pueden hacer poesía, mientras que la castellana es la del pensamiento, la lengua en que también los catalanes pueden —y deben— hacer ciencia, política y filosofía.

El olvido de la prosa catalana de Maragall va a culminar en el «Discurso sobre la lengua española» que don Miguel pronunció el 18 de septiembre de 1931 ante las Cortes de la República (OC III, 1357). Con hábil estrategia oratoria se dirige Unamuno a los diputados catalanes, para recordarles al amigo desaparecido, de quien cita, en catalán, algunos versos de la *Oda a Espanya*:

> Escolta, Espanya, la veu d'un fill
> que et parla en llengua no castellana;
> parlo en la llengua que m'ha donat
> la terra aspra:
> en questa llengua pocs t'han parlat;
> en l'altra, massa.

Para añadir, acto seguido:

> Pero él, Maragall, el hombre que decía esto, como si no fuera bastante lo demasiado que se le había hablado en la otra lengua, en castellano, a España, él habló siempre, en su trabajo, en su labor periodística, habló siempre, digo, en un español, por cierto lleno de enjundia, de vigor, de fuerza, en un castellano digno, creo que superior al castellano, al español de Jaime Balmes o de Francisco Pi y Margall.

La alabanza al prosista castellano encubre ya una falsedad, la de que Maragall en su trabajo, en su labor periodística, hubiese hablado siempre en castellano: hasta tal punto había llegado el olvido del «Visca Espanya!».

Otro reproche que no se le puede ahorrar a don Miguel es el de la inexactitud en la lectura, incluso, de la prosa castellana de Maragall, inexactitud que le conduce a conclusiones disparatadas, como la de que el poeta catalán hubiese confesado que empezó a escribir en castellano por vanidad (así en los citados artículos «Leyendo a Maragall»). Si leemos atentamente a Maragall en su artículo «Examen de conciencia» de 8 de agosto de 1905 (MARAGALL OC II, 224-225) y también en sus «Notes autobiogràfiques» de 1885 (MARAGALL OC I, 852), fácilmente echaremos de ver que la autoacusación de vanidad no se refiere a la decisión de empezar a escribir en castellano, sino a la de escribir para el público, allá por el año 1878, cuando el poeta contaba 17 años y dio a la estampa su primera poesía, «Al veure't l'ànima entera», naturalmente en catalán.

De todo ello no puede desprenderse, por supuesto, que Unamuno no hubiera buceado hondo en la poesía de Maragall, con su belleza que todo lo penetraba y que impregnaba también su prosa. Tiene razón don Miguel cuando afirma que Joan Maragall fue «poeta en todo; poeta en verso catalán, poeta en prosa castellana» (prólogo a *Obres completes* de Joan Maragall, vol. XVII, escrito en abril de 1934; también en OC VIII, 1135-1141), porque «cuanto él nos dejó en sus artículos en prosa castellana no es sino la otra cara de cuanto en sus poemas catalanes nos dejó».

A la muerte de Maragall la correspondencia epistolar entre Unamuno y el poeta Josep Maria López-Picó, iniciada en 1904 (*Epistolario inédito* I, 150), parece intensificarse hasta un atisbo de amistad literaria. Unamuno constata el 8 de diciembre de 1913 algunas afinidades entre el soneto «El Crist dels nostres altars» de López-Picó y un pasaje de su «Cristo de Velázquez», XXV (en OC VI, 482; cf. *Epistolario inédito* I, 322-324). Un año más tarde, Unamuno agradece a López-Picó, en una extensa carta, el envío del autógrafo de *Cant del poeta* y de los *Epigrammata*, y le remite copia del poema que titulará «¿El último canto?» (*Epistolario inédito* I, 359-364). Pero tal amistad epistolar no prosperó, y la poesía de López-Picó no mereció mención alguna en las publicaciones unamunianas.

Dijimos que por los años en que comienza su epistolario con Maragall se decide Unamuno a leer a Ramon Llull, no sin cierto escepticismo: «veré si me convence». A juzgar por las obras ulteriores de don Mi-

guel, podría pensarse que Llull le convenció poco, e incluso sospechamos que la lectura luliana quedó truncada una vez leído el *Blanquerna*. No faltan alusiones más o menos elogiosas al filósofo mallorquín. Así, en el artículo «Sobre la literatura catalana» de 16 de diciembre de 1906 (OC III, 1300), tras la mención de autores catalanes medievales como los cronistas, Ausiàs March y Jordi de Sant Jordi, Unamuno se refiere, escuetamente, a «los altos conceptos de Raimundo Lulio». Dos años más tarde el interés por Llull parece persistir, ya que en el ensayo «Sobre el problema catalán», de 13 de febrero de 1908 (en *Inquietudes y meditaciones*, OC VI, 454), anuncia que está preparando una publicación «cuyo título es *Iñigo de Loyola y Ramón Llull*», pero el proyecto no llegó a madurar.

De hecho Unamuno no empieza a ocuparse de Llull directamente y sin recurrir a la literatura secundaria hasta el año 1916, que es el de su estancia en Mallorca. Ahora sí, algunos pasajes de *Andanzas y visiones españolas* demuestran que ha leído *Blanquerna*, y especialmente el «canto (sic) del Amigo y del Amado» («Los olivos de Valldemosa, Recuerdo de Mallorca», 7 de agosto de 1916, OC I, 449), lectura que le sugiere la poética, pero extravagante calificación de Llull como «cigarra loca del dios del Mediterráneo». Desde luego ello no es suficiente para suponer un estudio profundo de la filosofía del «doctor iluminado». Y si don Miguel desconocía, como sospechamos, la lógica, la metafísica y la teología lulianas, y si jamás se ocupó de otros autores como Ramon Sibiuda o Eximenis, era casi inevitable que la filosofía catalana empezara para él con Jaime Balmes. Conviene tenerlo en cuenta a la hora de aquilatar el juicio crítico de Unamuno acerca de la filosofía catalana y la mística de Verdaguer.

Entre las lecturas de don Miguel en la primera década del siglo figura la poesía de Ausiàs March, que comentó en parte con sus estudiantes salmantinos. Desde 1906 viene mencionando a Ausiàs, pero sólo en 1917 encontramos una repercusión directa de la obra del poeta, curiosamente en la recensión de una novela de Josep Pous i Pagès, *La vida i la mort d'en Jordi Fraginals* (1912), publicada el 13 de agosto de 1917 (OC III, 1340). Contrapone aquí Unamuno al protagonista de la novela y a Ausiàs, deteniéndose en especial en la noción ausiasmarquiana de muerte como «desésser», que traduce por «des-ser, des-existir, dejar de ser». Por la índole del tema y por las predilecciones de Unamuno, no es de extrañar que los textos de Ausiàs aducidos sean en su mayor parte de obras tardías, de los «Cants de mort» o de poemas filosóficos. Esta es la única ocasión en que se analizan algunos pasajes del poeta valenciano. Dos años más tarde,

Unamuno se limitará a citar a Ausiàs March para señalar la identidad entre el catalán y el valenciano del siglo XV: «La lengua de las torturadoras (sic) poesías de Ausiàs March, valenciano, es la misma que la de Jordi de Sanjordi (sic), poeta catalán», escribe en febrero de 1919 («La frontera lingüística», en *Andanzas y visiones españolas*, OC I, 475).

Hacia 1910 habrá leído también Unamuno narrativa catalana contemporánea, por lo menos la novela *Solitud*, de Victor Català. La autora fue mencionada ya en la exposición global «Sobre la literatura catalana» de diciembre de 1906 (OC III, 1300). En mayo de 1912, con ocasión de un ensayo sobre *La Ben Plantada*, da pruebas de su buen conocimiento de *Solitud*, que analiza brevemente en parangón con la obra de Eugenio d'Ors.

No deja de sorprender que la producción de este último, que del catalán Xènius se traslinguó al castellano Eugenio d'Ors, haya merecido la atención de Unamuno únicamente en su primera etapa, la catalana. En efecto, don Miguel dedica en abril y mayo de 1912 tres artículos a Xènius, «Sobre La Bien Plantada» (OC III, 1314-1324), en los que define certeramente la función primordial de la obrita orsiana, que interpreta menos como filosofía de la raza catalana que como manifiesto del «noucentisme»:

> Podrá no ser, en efecto, un ensayo de la filosofía de la catalanidad ..., pero es, sin duda, un incipiente evangelio de una parte, y si no la más numerosa, seguramente la más culta de la juventud catalana congregada en Barcelona, y que se decora con el título de *noucentista*, la del siglo XX, es decir, la de la confluencia entre el pasado y el porvenir.

Se adivina de inmediato la antipatía de Unamuno por la juventud novecentista, lo cual es comprensible si se considera que la lengua de estos autores (Xènius, Guerau de Liost, Carner) se aleja del castellano mucho más que la de los románticos o la de los modernistas. Va, por así decirlo, a contracorriente de los anhelos unamunianos de fusión de todas las lenguas peninsulares en el castellano. Porque los noucentistes, por desgracia, parecen entregados a un artificio que exaspera a don Miguel, «artificio que consiste en gran parte en preferir el vocablo más lejano al castellano, aunque no sea el más castizo catalán». Creo que en este punto Unamuno extrema la susceptibilidad, interpretando como castellanófobo lo que era meramente prurito estético o «ridiculez léxica», como dice acertadamente Antoni Rubió i Lluch, cuyo punto de vista es digno de contrastarse con el de don Miguel. Dice Rubió, en carta a Francesc Matheu:

> En les noves generacions hi ha gent de gran valua; escriptors de forta empenta. Jo sols li citaré els meus parents, Ors y Carner. L'Ors val,

> apesar de que fa tot lo possible per posarse en ridicul, ab les seves *actituts histriòniques*, y ab la seva vanitat, a l'alçada de la qual, no arribaria'l mateix Himalaya, si prengués forma humana. La vibració forta poètica den Carner, no li tinch que ponderar, malgrat totes les seves ridiculeses lèxiques, les *mantes*, els *punts d'ovir*, etc. etc.[12].

Por su parte Unamuno no se arredra ante las exquisiteces novecentistas, y su contraataque consistirá en descatalanizar lo que Xènius había catalanizado sólo a medias. Porque la bien plantada Teresa, objetará Unamuno al autor, no habla un «català escaient», sino el castellano del Paraguay, de donde ha arribado hace dos años a la costa catalana: así pues, la protagonista no es la ideal Ben Plantada del sueño romano de Xènius, sino, a ojos de Unamuno, una castellana Teresa de carne y hueso ...

Entre don Miguel y Xènius el contacto no parece pasar de una cortés amistad, condescendiente de una parte y admirativa de la otra, como dejan traslucir las triviales páginas que ambos dedican a su «célebre Benítez» entre 1914 y 1915 (OC VII, 577-585). Por estos años Xènius es para Unamuno un «exquisito prosista-poeta» (OC III, 1332 y 1334), encomio que no compromete a mucho. Todavía en 1920 recuerda incidentalmente que Xènius «en un tiempo declaraba que el ser catalán era para él un oficio o profesión» («Del catalán al esperanto», OC IV, 560-562). Por último, Unamuno se encarará con él en el artículo que le dedica, «Una glosa de intermedio. A Xenius» (18 de junio de 1920, OC VII, 432-434), justamente para expresar su discrepancia frente a las ideas orsianas federalistas.

La animadversión de Unamuno contra el novecentismo e incluso contra el modernismo catalanes se inscribe en un contexto mucho más amplio: ya sabemos que don Miguel repudia también el modernismo de los que él llamaba «poetisos», españoles o hispanoamericanos. Ahora bien, en la Barcelona de principios de siglo el esteticismo impera en todas las artes, y él tiene ocasión de constatarlo en su viaje de 1906. Para mayor exasperación, los catalanes solidarizados contra los desmanes de la oficialidad y contra la llamada Ley de Jurisdicciones organizan actos de protesta, uno de los cuales tiene ocasión de presenciar. También en esta acción política asoma el esteticismo catalán, comprueba don Miguel, en aquel agitar de blancos pañuelos que convierte la protesta en

> fiesta para los ojos,
> sardana de pañuelos agitados,
> fusión de las miradas
> en un solo momento de hermosura ...

La reacción de Unamuno cuaja en el sarcástico poema «Aplec de la protesta» (21 de octubre de 1906, OC VI, 198-199), del que proceden los versos citados y que concluye elocuentemente:

> ¡Seréis siempre unos niños, levantinos!
> ¡Os ahoga la estética!

Las expresiones despectivas de Unamuno a raíz de esta visita a Barcelona en 1906 proliferan en su epistolario. Valga como ilustración este pasaje de la carta a Zorrilla de San Martín del 2 de noviembre de 1906:

> En Barcelona hay demasiada fachada y demasiada petulancia jactanciosa, a las veces se cree uno en un arrabal de Tarascón ... [13]

De esta apreciación no podrá apartarse don Miguel, ni siquiera en atención a la grandeza, por él reconocida y proclamada, de Verdaguer y de Maragall. La condena del esteticismo catalán se extiende hasta la formulación global de la filípica de febrero de 1908 («Sobre el problema catalán», en *Inquietudes y meditaciones*, OC VII, 453):

> Lo veis en su literatura. Rara, rarísima vez encontraréis en ella pasión concentrada e intensa. No se descomponen por no afear el gesto. Son mucho más artistas que poetas. Llegan a hacer impecables sonetos parnasianos, pero que a nosotros, a mí, por lo menos, nos dejan fríos. Y siempre a vueltas con la *aymada*, y con sus ojos, y con sus párpados, y sus pechos y ... todo lo demás. A lo que no tengo sino encojerme de hombros, exclamando ¡Bah, estética! Que es muy otra cosa que decir ¡hermosura!

Las dos raras, rarísimas excepciones son para don Miguel Joan Maragall y Jacinto Verdaguer, poetas grandes en grado superlativo: Verdaguer es «el más grande poeta lírico que ha producido la España del siglo XIX» (marzo de 1906, «Más sobre la crisis del patriotismo español», OC III, 873), y de Maragall dirá a su muerte que «España acaba de perder a su más grande poeta contemporáneo» (23 de diciembre de 1911, OC III, 1309). Esta calificación se repite a lo largo de los años, y no la veremos aplicada a poeta alguno de lengua castellana.

A mossèn Cinto Verdaguer lo leyó Unamuno durante cuatro decenios y sabía de coro varios pasajes de sus poesías, que recitaba en todas las oportunidades y en alguna inoportunidad, cuando la memoria le traicionaba, como ocurrió en la conferencia «Solidaridad española», pronunciada en Barcelona el 15 de octubre de 1906 (OC IX, 873), donde pone en boca de Verdaguer, refiriéndose a la Maladetta:

Aquel gegant que clama
es un gegant d'Espanya
d'Espanya catalana,

cuando en realidad el poeta había dicho (VERDAGUER OC, 345) :

-Aquell gegant —exclamen— és un gegant d'Espanya,
d'Espanya i català.

Unamuno alude, con razón, a algunas de las fuentes castellanas de Verdaguer. No cabe dudar de la influencia de la métrica castellana en la versificación y el estrofismo verdaguerianos. De los románticos castellanos pueden haber pasado no sólo las estructuras, sino también algunos temas y motivos a la poesía de mossèn Cinto. Una obra tan gigantesca y surgida en el desértico contexo del siglo XIX catalán no podía servirse solo de formas medievales resurrectas, si no quería incurrir en una poética arqueológica. No es de extrañar, pues, la presencia de Zorrilla, probablemente más acusada en algunos romances verdaguerianos y en ciertas formas estróficas (como la estrofa de la Torre, p. ej.). Dada la devoción de Verdaguer por Santa Teresa y por San Juan de la Cruz, tampoco será raro que temas y formas poéticas de la mística carmelitana repercutieran en su poesía religiosa. Pero considerar a Verdaguer «castellanizado» (OC III, 1298) es una exageración: lo que hizo el poeta fue precisamente catalanizar a fondo lo que había recibido del repertorio castellano[14].

En cuanto a la mística carmelitana, bien patente es su presencia, aunque ésta no sea, ni con mucho, tan eficaz como otras dos fuentes olvidadas por Unamuno: la religiosidad popular de la Plana de Vic y el caudal místico luliano del *Llibre de Amic e Amat*. Evidentemente don Miguel no había leído aún esta obra en 1915 y desconocía las verdaguerianas *Perles del Llibre de Amic e Amat*, aparecidas póstumamente en Barcelona en 1908, puesto que en la conferencia de mayo de 1915 «Lo que puede aprender Castilla de los poetas catalanes» (OC IX, 322), después de aludir a la «pobreza filosófica de Cataluña», afirma: «Y este carácter trasciende, naturalmente, a la poesía. Apenas se encuentra misticismo en ella, aun a pesar de Verdaguer, en quien parece muy íntimo, sí, pero de origen extraño».

Pese a estas lagunas en el conocimiento de la obra mística luliana y verdagueriana, Unamuno es lector asiduo y buen conocedor de mossèn Cinto, cuya *Atlántida* y cuyo *Canigó* son repetidamente evocados por él. Pero no son estos dos grandes poemas los que dejan la huella más honda

en el pensar y en el sentir unamunianos, sino una sola estrofa de cuatro alejandrinos tomada del poema *Soledat*, que Verdaguer había incluido en su volumen *Pàtria*, de 1888 (Verdaguer OC, 440-441):

Oh soledat aimada, ma companyona un dia,
lo jorn de ma infantesa que no tingué demà;
d'ençà que trist enyoro ta dolça companyia,
com font escorreguda ma vena s'estroncà.

La estrofa es citada y traducida por don Miguel en su artículo de julio de 1922 «La soledad de la niñez» (OC VII, 1488):

Oh soledad querida, mi compañera el día
de mi niñez, un día que solo se quedó;
desde que triste añoro tu dulce compañía,
como escurrida fuente mi vena se truncó.

Comenta el traductor la dificultad de estos versos y se explaya en la distinción —que no permite en castellano el vocablo «mañana»— entre «las horas del sol que preceden al mediodía, en francés *le matin*, y el día siguiente, en francés *le demain*, distinción que hay en catalán».

La fortuna de esta estrofa no se agota en la versión comentada de 1922. Unamuno la reelabora poéticamente en una glosa dodecasilábica, fechada el 5 de abril de 1928 (OC VI, 976, *Cancionero*, 85):

Todas las mañanas nos traen el mañana,
todos los momentos nos dan el por-venir;
momentos, mañanas, se vienen, se pasan,
y el mañana mismo hácese por-ir.

Sueña y pasa el niño en una mañana,
la casa del padre le cierra el confín
¡tristeza infinita del tiempo que pasa,
juntos en la rueda diciembre y abril!

Pocas semanas antes del comienzo de la Guerra civil y a medio año de distancia de su muerte, Unamuno retoma el tema en «El día de la infancia» (junio de 1936, *Visiones y comentarios*, OC VII, 1153). Nos habla ahora de «los versos maravillosos, casi milagrosos, de intimidad y de expresividad» de «nuestro gran poeta mosén Cinto Verdaguer». Estampa de nuevo la estrofa catalana, resolviendo en hexasílabos los hemistiquios del alejandrino catalán (lo cual me parece indicio de que Unamuno citaba de memoria), y traduciéndolos de nuevo, aquí en heptasílabos blancos castellanos:

¡Ay, soledad querida,
mi compañera un día,
el día de la infancia
que no tuvo un mañana,
desde que triste añoro
tu dulce compañía,
cual fuente escurridiza,
mi vena se truncó!

Y evoca entonces Unamuno aquel día de clase en la Universidad de Salamanca en que al leer *Soledat* («en catalán, claro») y llegar a esta octava estrofa «le ahogó la voz la fuente de las lágrimas», sin duda por una cadena de asociaciones similares a las del poeta, aunque en contextos muy distantes: la soledad añorada por mossèn Cinto desde Barcelona es la del Pirineo catalán, o acaso la del Montseny. La del traductor vasco no tiene referencia geográfica precisa, sus coordenadas son las del tiempo de la vida, entre un por-venir ya venido y el por-ir inminente de la proximidad de la muerte. Son dos formas de la nostalgia que hermanan a los dos poetas en el umbral de la vejez.

También la literatura balear y, en menor grado, la valenciana, han ofrecido alguna lectura a Unamuno. Los mayores quebraderos de cabeza se los causó la obra filológica de mossèn Antoni Maria Alcover, que circulaba a contramano de los deseos y esperanzas de don Miguel. En 1908, cuando ya está convencido de que «el catalán vivo y corriente, castellanizado», está «en vías de fundirse en el español, como lo está ya casi todo el valenciano» («Su Majestad la lengua Española», OC IV, 378), cualquier esfuerzo por desandar lo andado le parece aberrante. Este catalán castellanizado «no se descastellaniza con ridículas medidas que se adoptan por votación en un Congreso de la Lengua», el de 1906 en Barcelona, claro, «cuyo espíritu director, el apóstol mosén Alcover, no parece tener idea de lo que es una lengua viva».

En plena Guerra europea, cuando la mayoría de los intelectuales españoles se declaran aliadófilos, el para Unamuno «formidable germanófilo y catalanista mosén Alcover, vicario general de Mallorca» (junio de 1916, «En la calma de Mallorca», *Andanzas y visiones españolas*, OC I, 447) atrae definitivamente las iras del filósofo vasco por su *Dietari de l'eixida de Mr. Antoni Mª Alcover a Alemània y altres nacions l'any del Senyor 1907*, publicado en el tomo V del *Butlletí del Diccionari de la Llengua Catalana*. En el furibundo artículo «El castellano de Mosén Alcover» (18 de agosto de 1916, OC VIII, 539-541), después de constatar que el vicario general «emprendió el viaje a Alemania ... para informar-

se algo, que buena falta le hacía, de filología románica y poder así trabajar más científicamente en su labor del diccionario de la lengua catalana», y tras añadir otros sarcasmos que no vienen al caso, refiere don Miguel una pequeña anécdota, no exenta de comicidad, y de la que por desgracia no ha quedado constancia magnetofónica. Parece ser que mossèn Alcover, auxiliado por un médico de Granollers con quien coincide casualmente en una reunión privada, practica un pequeño experimento comparativo sobre la musicalidad de las lenguas castellana y catalana. Alcover y el médico granollerense conversan sucesivamente en catalán y en castellano ante un grupo de oyentes belgas, alemanes y griegos. El resultado, cuenta Alcover, es muy halagüeño para la lengua catalana, que suena mucho más armoniosa que el castellano, «lengua muy áspera, seca, demasiado metálica». Unamuno concluye dictaminando que «mosén Alcover, como todos los apóstoles de una causa, tiene muy poco espíritu científico. Fue a Alemania a corroborar sus prejuicios, y sólo se enteró de lo que convenía a sus pasiones».

Para ser justos con don Miguel debemos registrar que la única ocasión en que mencionó a otro gran filólogo catalán, Pompeu Fabra, en el «Discurso sobre la lengua española» de 18 de septiembre de 1931 (OC III, 1358), habló de él en términos elogiosos: «Hoy, afortunadamente, está encargado de esta obra de renovación del catalán un hombre de una gran competencia y, sobre todo, de una exquisita probidad intelectual y de una honradez científica como las de Pompeyo Fabra». Sospecho, con todo, que esta acumulación de laudes albergaba una reticencia contra el formidable vicario general de Mallorca.

Otro Alcover mallorquín, el poeta Joan Alcover, reclama la atención de Unamuno al traslinguarse del castellano al catalán en sus años de madurez. La interpretación del hecho por Unamuno no tiene nada de magnánima. Ilustra, dice, «una de las muchas pedanterías catalanistas ... la de pretender que en español no saben decir bien lo que piensan o quieren» («Su Majestad ...», OC IV, 374):

> Un poeta mallorquín, y poeta de verdadero mérito, que durante años estuvo cantando en castellano, se puso a cantar en su lengua de la infancia así que entró en edad más que madura; y decía, para explicarlo, que cantó en castellano mientras tuvo avaricia de lágrimas —la frase, como de poeta, es muy linda—; pero así que sintió la necesidad de dar voz a intimidades, tuvo que hacerlo en su lengua íntima. Acaso haya otra explicación, y es que si hubiera obtenido la fama y renombre que apetecía, y tal vez merece, cantando en castellano, habría seguido en él. Es cuestión de público.

Años más tarde, en 1916, repetirá en líneas generales la misma argumentación al juzgar el translingüismo de Alcover, pero con un cambio de matiz: Joan Alcover ha ascendido notablemente en la estimación de Unamuno como poeta castellano (junio de 1916, «En la calma de Mallorca», *Andanzas y visiones españolas*, OC I, 447), aunque no varíe la explicación del cambio de lengua:

> El gran poeta Joan Alcover, después de haber estado mucho tiempo haciendo versos —y muy excelentes— en castellano, se puso a hacerlos en catalán literario y no en la lengua que se habla en su ciudad natal de Palma.

De paso, pues, ha aludido don Miguel al desmoronamiento de la unidad lingüística del catalán: los escritores mallorquines son «catalanistas más bien que mallorquinistas», escriben en una lengua convencional que es el catalán literario, y no en el mallorquín que se habla en su tierra natal.

Otro gran mallorquín, el horaciano Miquel Costa y Llobera, apenas ha interesado a don Miguel, lo cual no deja de extrañar en un profesor de filología clásica. Lo hallamos simplemente mencionado en el citado artículo «Sobre la literatura catalana» (OC III, 1300). Y en una segunda mención, algo más explícita, le dedica cuatro líneas para evocar su «Pi de Formentor» (octubre de 1916, OC I, 453).

Pocos poetas valencianos contemporáneos o decimonónicos han atraído el interés de Unamuno. Se limita a aducirnos a Querol y a Llorente, cuando no a Escalante y a Baldoví, para documentar el avanzado estado de desmembración lingüística del catalán en el antiguo reino. Querol le atrae como poeta castellano, mientras que «los versos valencianos de Vicente Wenceslao Querol, tan exquisito poeta en castellano, suenan a falso y a artificio de erudito» (enero de 1917, «Vascuence, gallego y catalán», OC IV, 549). Artificiosidad que fácilmente queda explicada cuando don Miguel cae en la cuenta de que Querol no escribía en valenciano, sino en catalán. Y así, en «Ratpenaterías», hablará de «rimas catalanas, que no valencianas, de aquel delicadísimo poeta que fue en lengua española Vicente Wenceslao Querol» (enero de 1919, OC III, 1344-1346). Y el veredicto unamuniano es fulminante[15]:

> Ninguna de las cinco poesías en catalán que figuran en las Rimas de Querol puede competir con las españolas. Son poesías jocofloralescas que huelen y saben a artificio y convención.

Porque a juicio de Unamuno Querol no expresaba poéticamente lo que sentía, sino que estaba «fraguando» una lengua que no le era propia, una lengua en que no pensaba ni sentía:

> Querol pensaba y sentía en español —o en castellano, si queréis— o en valenciano, en el valenciano de Eduardo Escalante y de Baldoví, pero no en el catalán ratpenatesco o jocofloral.

Con todo, la diferenciación unamuniana entre el catalán y el valenciano contemporáneos no parece muy precisa, puesto que llega a equiparar el «valenciano corriente» de los «donosos sainetes» de Escalante y el de las «regocijantes salacidades» de Josep Bernat i Baldoví con la lengua de Teodor Llorente, sin percatarse de que la poesía de éste que recita ante las Cortes Constituyentes de la República el 18 de septiembre de 1931 (OC IX, 1359-1360) es pura poesía catalana[16].

Hay, por último, toda una serie de escritores catalanes que Unamuno aduce con harta frecuencia. Son los que escribieron en castellano (exclusivamente o alternándolo con el catalán), y que le permiten documentar dos hechos: 1º, que los catalanes, cuando quieren, *saben* escribir en castellano; y 2º, que los catalanes que se proponen hacer cultura encarada al futuro y no pura arqueología sentimental, *deben* escribir en castellano. Entre estos autores figura Jaime Balmes (a pesar de la «irremediable vulgaridad de su pensamiento, su empacho de sentido común», según *Contra esto y aquello*, OC III, 549). Le acompañan casi indefectiblemente Boscán, Capmany, Pi y Margall, Milà y Fontanals, Piferrer y, por supuesto, Maragall, además de Oliver y Zulueta. Son los representantes de la orientación futurista de la cultura catalana, la que se expresa en castellano, «la única lengua moderna que hay en España» («Su Majestad...», OC IV, 378). El catalán, por supuesto, puede reservarse para la poesía e incluso —aludiendo con ello a Josep Torras i Bages— para la predicación: «Dejen, por amor a la cultura, el catalán para las pastorales del señor obispo de Vich, que no carecen, por cierto, de unción y de fuerza. Pero ¿futurismo en catalán?»

En efecto, ahí está la idea directriz de toda la dedicación de don Miguel a la lengua y la literatura catalanas durante cuarenta años: la progresiva castellanización, en un proceso irreversible que culminará en la fusión definitiva, destino que el catalán deberá compartir con todas las demás lenguas peninsulares, sin exceptuar la portuguesa. Para don Miguel eso no era un mero deseo o una esperanza, sino una convicción que le indujo a profetizar, en febrero de 1916 («De la correspondencia de Rubén Darío» OC IV, 1013):

> El problema de las lenguas regionales es clarísimo en España. Bien está que no se las persiga como en Alemania, v. gr., se las persigue, pero tampoco que se les dé valor oficial. Tienen un valor sentimental y abando-

> nadas a sí mismas acabarán por perecer, como están pereciendo el gallego, el bable, el valenciano y el vascuence y hasta el catalán, aunque otra cosa parezca y a despecho de la galvanización literaria que está fraguando dentro de la lengua viva catalana un dialecto erudito y artificioso como era el provenzal de Mistral.

Eran, pensaba Unamuno, «cosas de biología lingüística. Creo saber algo de esto» (Intervención en las Cortes de la República, 23 de junio de 1932, OC IX, 433). Desde la perspectiva de hoy, vemos que don Miguel se equivocaba. Si por su conocimiento de la lengua y de la literatura catalanas destacó entre todos los escritores de su generación, en «biología lingüística» le quedaba mucho que aprender de su amigo Joan Maragall.

NOTAS

1. Véase *Epistolario* UM y MARAGALL, OC II, pp. 930-944.
2. Unamuno nunca alude al uso de gramáticas o diccionarios catalanes. Sólo el 24 de septiembre de 1916 («Diccionario diferencial catalán-castellano», OC IV, pp. 542-545) menciona el *Diccionari català-castellà y castellà-català* de ROVIRA i VIRGILI, para deplorar el peso muerto de «todas las palabras, que son las más, que se escriben exactamente igual en catalán y en castellano y significan lo mismo».
3. GUIMERÀ, OC II, pp. 1196-1220.
4. Echegaray tradujo al castellano *Maria Rosa* (estrenada en catalán en 1894), *Terra baixa* (versión castellana estrenada en el Teatro Español de Madrid, el 30 de noviembre de 1896, por la compañía Guerrero-Mendoza), *Mossèn Janot* (traducción de Echegaray bajo anónimo estrenada en el mismo teatro por la misma compañía el 18 de marzo de 1900). Del *Epistolario* de Guimerà se deduce una relación muy amistosa con Echegaray (GUIMERÀ, OC II, pp. 1477-1480, donde se comentan las vicisitudes de las traducciones).
5. El «grato recuerdo» no era mutuo. Unamuno no podía imaginarse el mal efecto que sus chanzas habían producido en Oller durante la visita de éste al País vasco. Dice el novelista catalán (OLLER, OC II, p. 856): «Em sobrà un poc l'afany que mostrà de lluir ses gràcies de *xistós* inestroncable —continuament provocades i celebrades per sos companys— l'avui tan admirat i enaltit pels nostres intel·lectuals de professió, rector de la Universitat de Salamanca, en la qual desempenyava una càtedra ja llavors, don Miguel de Unamuno».
6. *Epistolario inédito I*, p. 243.
7. Biblioteca de Catalunya, ms. 2291, núm. 45. La carta no figura en el epistolario entre Unamuno y Santiago Valentí recogido por José TARÍN-IGLESIAS en *Unamuno y sus amigos catalanes*, ni en el *Epistolario inédito* publicado recientemente por Laureano ROBLES.
8. J. F. VIDAL JOVÉ (en: Maragall, *Obra poética I, versión bilingüe*, p. 190) traduce correctamente el v. 2: «de rutina avanzando por la ruta del agua», aunque no tengo por acierto el retintín de «ruta» y «rutina».
9. Pedro COROMINAS, *Obra completa en castellano*, p. 446.
10. Rectifico la datación que indica la edición de MARAGALL, OC. Si el artículo de Unamuno es de 16 de mayo de 1907 y la carta de Maragall en respuesta a este

artículo es de 23 de mayo de 1907, la publicación original del «Visca Espanya!» no pudo hacerse el 5 de mayo de 1908 (según indica MARAGALL, OC I, p. 768) ni el 5 de junio de 1907 (como pretende MARAGALL, OC II, p. 964).

11. Maragall habla varias veces de su traducción catalana de Novalis en cartas a Unamuno (MARAGALL, OC II, pp. 934 y 938), y don Miguel pide a Maragall que le indique una edición alemana de Novalis (*Epistolario* UM, pp. 32 y 35).
12. Biblioteca de Catalunya, ms. 2209-X, núm. 1375. Xènius lleva el mismo apellido que el padre de Antoni Rubió, Joaquím Rubió i Ors, aunque le antepone una *d'* con visos de eufónica intercalada.
13. *Epistolario inédito I*, 217. El mismo día (2 de noviembre de 1906) repite los reproches con idénticas palabras en carta a Francisco Antón (*op. cit.*, I, p. 218). A Eduardo Marquina le escribe el 19 de diciembre (*op. cit.*, I, pp. 221-222): «ustedes, algunos jóvenes catalanes, tienen fe en Barcelona. A mí la no mucha que tenía se me ha entibiado, desgraciadamente, desde que estuve allí. ¡Teatralean tanto! ¡Politiquean tanto!». Cf. también las cartas a Luis Maldonado (6 de febrero de 1908, *op. cit.*, I, p. 239) y a Francisco P. Curet (4 de septiembre de 1919, *op. cit.*, II, p. 83).
14. Me he referido a ello en «La versificació de Verdaguer y la poètica castellana», en *Miscel·lània Pere Bohigas / 2*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, pp. 253-278. El repertorio poético verdagueriano es, desde luego, mucho más amplio de lo que mi análisis podía abarcar.
15. Con el burlesco «Ratpenaterías» alude Unamuno a «Lo Rat-Penat», institución cultural valenciana fundada en 1818, en el espíritu de la «Renaixença». La valoración unamuniana de la producción poética castellana y catalana de Querol está, por lo demás, en oposición diametral con la que había expresado Guimerà, en el citado discurso, bien conocido por don Miguel (GUIMERÀ OC II, p. 1208). Leemos allí, sobre Querol: «El seu *Patria, fides, amor* no s'esborrarà d'aquests pobles, mentre que el seu llibre de poesies castellanes sempre hi durà en el pròleg, com un estigma, aquelles paraules d'Alarcón en què li diu que no coneix prou aquesta llengua».
16. En su correspondencia privada Unamuno no vacila, sin embargo, en admitir la unidad lingüística del catalán, aunque haga hincapié en su variedad dialectal: «Por lo que hace a los dialectos del catalán, puede decirse que es un conjunto de dialectos. En una lengua sin valor oficial ni legislativo la diferenciación dialectal es enorme. De un lado el valenciano, con fonética más castellana, de otro el rosellonés, de otro el mallorquín» (Carta a Manuel García Blanco, 12 de enero de 1931, en *Epistolario inédito II*, p. 288).

BIBLIOGRAFÍA Y SIGLAS

Miguel de Unamuno, OBRAS COMPLETAS, ed. de Manuel García Blanco, 9 vols., Escelicer, Madrid, 1966-1971 (=OC).

EPISTOLARIO ENTRE MIGUEL DE UNAMUNO Y JUAN MARAGALL Y ESCRITOS COMPLEMENTARIOS, Edimar, Barcelona, 1951 (=*Epistolario* UM).

Miguel de Unamuno, EPISTOLARIO INÉDITO, ed. de Laureano Robles, 2 vols., Espasa Calpe, Madrid, 1991 (=*Epistolario inédito*).

Biblioteca de Catalunya, ms. 2291. Volumen encuadernado, con la indicación «Museum Delgado, Fundado en MCMX, Libro de Oro». En esta colección de diversos autógrafos, el núm. 45 corresponde a la carta que transcribimos, de Unamuno a Santiago Valentí.

Biblioteca de Catalunya, ms. 2209-X. Epistolario de Francesc Matheu. El núm. 1375 corresponde a la carta de Antoni Rubió i Lluch, 26 de mayo de 1915, de la que transcribimos un pasaje.

Pedro Corominas, OBRA COMPLETA EN CASTELLANO, Gredos, Madrid, 1975.

Àngel Guimerà, OBRES COMPLETES, 2 vols., Selecta, Barcelona, 1975-1978 (=GUIMERÀ OC).

Joan Maragall, OBRES COMPLETES, 2 vols., Selecta, Barcelona, 1960-1961 (=MARAGALL OC).

Joan Maragall, OBRA POÉTICA, I, Versión bilingüe, Castalia, Madrid, 1984.

Narcís Oller, OBRES COMPLETES, 2 vols., Selecta, Barcelona, [2]1985 (=OLLER OC).

José Tarín Iglesias, UNAMUNO Y SUS AMIGOS CATALANES (HISTORIA DE UNA AMISTAD), Ed. Peñíscola, Barcelona, 1966.

Jacint Verdaguer, OBRES COMPLETES, Biblioteca Perenne, Barcelona, [4]1964 (=VERDAGUER OC).